

XVIII

Frente á frente.

Paulino Escoubere, desde su descubrimiento de los Campos Eliseos, había ido todos los días á errar por los alrededores del hotel Gabriel.

Durante cuatro cinco horas, todas las mañanas, los agentes de servicio de la puerta del Bosque á la plaza de la Concordia podían verle errar como un alma en pena por su demarcación.

Más de una vez se había parado delante de la maciza puerta del antiguo hotel Beauvillars y su mano se había aproximado al timbre.

Quería entrar y retrocedía ante el temor de dar la voz de alarma al amante de su mujer y de perder la última esperanza de encontrarla, obligando al conde á redoblar las precauciones para sustraerla á sus pesquisas.

La cólera debía, sin embargo, superar á la prudencia que Brossois le aconsejaba en vano.

Las burlas de sus compañeros, las mil puyas con que las mujeres, sobre todo, con su refinada malicia, hostigaban sin cesar á aquella alma enferma, habían concluido por envenenar su herida y hacerla incurable.

Si el desgraciado hubiese sabido lo que pasaba en la villa de la avenida de los Príncipes, si hubiese visto la intimidad creciente del conde y de su querida, su cólera se hubiera convertido en rabia.

Elena se había transformado en pocas semanas.

Su nueva vida la había metamorfoseado.

Su aire triste y tímido había desaparecido por completo.

Ahora era alegre y decidida.

En medio del bienestar para que ella se sentía nacida, su imaginación se despertaba, se animaba, se destacaba.

Mostraba una verbosidad, una voluntad que su marido, el desgraciado abandonado, no la había conocido nunca.

En pocas semanas de unión, el amante y la querida habían reconocido que estaban hechos el uno para el otro.

La intimidad más perfecta se había establecido entre ellos.

Sus gustos estaban de tal modo de acuerdo, que á los quince días no podían pasarse el uno sin el otro.

La villa de la avenida de los Príncipes y el hotel de los Campos Eliseos habían llegado á serles comunes.

Amigo del decoro, el conde Gabriel había hecho abrir un paso, en una casa de su propiedad que estaba unida al jardín del hotel, que le permitiese ir á este sin ser visto á cualquier hora del día.

A esta circunstancia debía el marido el no haber visto á Elena ni una sola vez, durante sus interminables estancias delante del hotel del conde.

Con frecuencia se quedaba, después del teatro, en casa de su amante.

En resumen, llevaba su vida de millonaria con la desenvoltura de una mujer que nunca ha hecho otra.

Al día siguiente de la visita de Teresa á su hijo, á cosa de las diez de la mañana, el conde Gabriel estaba en su gabinete leyendo los periódicos, cuando sonaron dos golpecitos en una puerta situada entre dos armarios de la biblioteca. Casi al mismo tiempo se abrió la puerta y apareció en ella una mujer envuelta en un peinador de lana de la Auvernia y preguntó:

—¿Se puede entrar?

—¡Adelante!

—¿Estás solo?

—¡Como ves!

La propietaria de aquel peinador auvernés entró y cerró la puerta detrás de sí.

Aquella mujer era Elena Noël, madama Escoubere, la profesora de piano sin discípulas de la calle de Echaudé, la antigua pensionista sin padres del colegio Julien.

—¡Qué luz!—dijo.—¡Es adorable esta situación!

Atravesó el gabinete y se aproximó á la ventana.

La mañana estaba magnífica.

Algunos jinetes pasaban por la avenida, Amazonas, ciclistas, paseantes de toda clase.

Se quedó un momento absorta, contemplando aquel cuadro y luego volviendo á donde estaba el conde le dijo:

—Es aburrido no poder pasearnos juntos como todo el mundo.

—Quién sabe, tal vez podamos más tarde. Ahora tenemos una compensación.

—¿Cuál?

—El encanto del misterio.

—¡Oh!

—¿No es nada eso?

Y como Elena estaba en pie, cerca de él, fresca como una rosa, perfumada, medio sonriente, se inclinó hacia ella y la dió un beso en los cabellos.

Estos olián bien; un perfume ligero, excitante, se desprendía de ellos.

Elena pagó aquella caricia con una sonrisa, pero su cara tomó de pronto un aspecto de tristeza.

El conde la miró con atención, y tocándola la frente con el dedo:

—¿Qué tienes?—la dijo.

—No lo sé...

—Te veo preocupada, y no comprendo la causa; pero lo cierto es que lo estás, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y por qué no me dices la causa?

—Porque sería larga la explicación.

—A nuestra disposición tenemos el tiempo—dijo el conde.

Y cogiéndola por una mano, la condujo á un diván donde Elena se sentó. El se colocó á su lado.

—Veamos.

Elena oprimió los labios, buscó palabras y comenzó:

—Yo quisiera saber qué es lo que soy.

El conde sonrió, é inclinándose al oído de Elena, le dijo:

—Eres mi amiga... mi querida... mi adorada para toda mi vida...

—Sí, eso es muy bueno, ¿pero es seguro?

—¡Te lo juro!

—¿Te chanceas?

—¡Jamás he hablado con más seriedad!

—¿De modo que te agrado?

—Hasta el punto de que todas las demás mujeres no existen para mí.

Gabriel jugaba con la mano de Elena, que conservaba entre las suyas.

—Sí—repuso Elena—es muy satisfactorio lo que me dices; pero no es de eso de lo que se trata.

—Explicate, pues.

—Voy á hacerlo.

Tomó aire grave y comenzó diciendo:

—Hay una cosa que me ha preocupado siempre... Antes no la daba importancia, porque no tenía afecto á nada.

—Hasta el extremo de querer poner fin á una existencia que era tan fácil embellecer.

—¡Sí, hasta el punto de querer matarme!

—¡Qué lastima!

—¡Oh! ¿Quién sabe? Todo depende del porvenir.

—No pensemos más que en el presente... ¿No es hermoso?

—Sí, y cuando pienso en él me asusto. ¡Temo que se hunda, tan inverosímil me parece! Pero es del pasado de lo que yo quiero hablarte en este momento.

El conde hizo un gesto de aburrimiento.

—¿Vas á decirme que tienes remordimientos?

Elena dijo que nó con la cabeza.

—¿Me vais á hablar de tu marido?

—¡Pobre hombre!—dijo Elena.—Pues bien, te equivocas. No es tampoco eso lo que me atormenta.

—¿Qué, pues?

Elena dijo con lentitud:

—Quisiera saber mi origen.

—¡Graciosa idea!

—Es decir, quisiera saber quiénes fueron mis padres.

—¿Para qué?

—Es desesperante no tener el menor indicio de ellos.

El conde se hechó á reir.

—A fé mia que yo no lo creo así. A menos que se tenga una herencia que recoger, yo no veo para qué puede servir eso. Y herencias tú no las necesitas. Me gusta el dinero, ciertamente, pero soy bastante rico... Ahora bien, puesto que yo soy rico, tú lo eres...

Elena le dió las gracias con una mirada tierna.

—Eso es, no te creo; eres muy engañador...

—¿Cómo?

—Figurate que cuando te ví por primera vez en la calle ó en el Bon Marché, ¿te acuerdas? me dabas miedo con tus aires desdeñosos. ¡No hubiera pensado jamás encontrarte tan bueno en el fondo y tan amable!

—¡Es que tú me has convertido!

—Pues bien, ayúdame á aclarar lo que quiero saber...

—¿Tanto interés tienes?

—Mucho.

—Bueno, os obedeceré, señora, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me dejarás que dé yo solo todos los pasos necesarios para conseguirlo.

—Como quieras.

—Será cuestión de mucho tiempo.

—¿Qué importa con tal que logremos nuestro propósito?

—¿Y después?

—¿Después qué?

—Supongamos que descubro esos padres que te han abandonado miserablemente... ¿Qué sucederá?

—Ya veremos.

—Una de estas dos cosas... Escucha bien... Esto se llama un dilema. O el padre y la madre en cuestión viven ó han muerto... ¿Muertos no nos ocuparemos más de ellos?

—Desde luego.

—Si viven, es necesario distinguir... O son ricos ó son pobres...

—¿Es eso otro dilema?

—Sí... Si son ricos, no merecen más que el mayor desprecio...

—Es verdad.

—Entonces nos contentaremos con desdenarlos.

—Tal vez...

—Si son pobres...

—Podremos ayudarles...

—No vayamos tan de prisa. Pueden ser pobres y absolutamente imposibles, execrables. En este caso no veo qué ganaremos con conocerlos.

—De todos modos, quiero saberlo — dijo Elena.

El conde se encogió de hombros.

—Bueno; buscaremos — dijo — No sé negarte nada.

—¿Cuándo comenzarás?

—¡Oh! pero déjame tiempo... No hay prisa.

—Sí.

El conde se acarició las patillas é hizo un gesto de aquiescencia suspirando, como el hombre que se encarga de una tarea contra su voluntad.

—Necesitamos un punto de partida — observó.

Elena replicó con viveza:

—Lo tengo.

—Veámoslo.

—Primero me pusieron en casa de una nodriza, en una aldea de las inmediaciones de París.

—Eso es muy vago. ¿De qué lado?

—Me parece que fué del lado de la estación Montparnasse, del otro lado de Versailles.

—¿Pero no estás segura?

—No mucho.

—Continúa.

—Estuve allí unos tres años. Era muy pequeña cuando me sacaron de allí para llevarme á otra parte.

—¿A dónde?

—De esto me acuerdo bien... Era en Sologne, en las inmediaciones de la Motte-Zeuviron. Estuve en una pequeña granja muy alegre. Debía tener seis años cuando salí de allí para entrar en el colegio Julien, entre Auteuil y Passy.

—¿El nombre de esa granja?

—No lo recuerdo.

—Hemos adelantado poco.

—Existe el acta de nacimiento. Es posible que en ella haya algo que nos indique...

—¿Dónde está?

—Eso lo sé. En la alcaldía del octavo distrito. Al salir del colegio hubo una escena... Yo estaba muy irritada porque no querían decirme nada, y entonces la directora, señora Julien, me dijo: «Id á la alcaldía del octavo distrito y veréis que no tenéis nada que reclamar á nadie.» Fui y leí: «De padres desconocidos.» También hay una persona á quien se la puede hacer que hable.

—¿Qué persona es esa?

—La que hizo la declaración. ¿No es verdad? Yo no la he visto... No me he atrevido... Un hombre tiene más autoridad... La puede obligar...

—¡Oh!

—O darle algun dinero para obtener informes...

—Eso sería más práctico...; pero es posible que haya muerto.

—¿Por qué?

—Por el tiempo trascurrido,

—Puedes ver, de todos modos.

—Sin duda... Lo mejor sería no ocuparse de eso.

—Tengo gran interés en ello.

—¡Oh! ¡Eso es diferente! ¡Deseo de mujer!

—Pero te hago una concesión... No te meto prisa.

—En hora buena.

—¡Me alegraría tanto!

—Eso depende del resultado.

—En fin, ¿está prometido?

—¿Puedo negarte nada?

Elena le dió las gracias con un beso.

—Voy á arreglarme para el almuerzo.—dijo.—Y después me llevarás al Bosque de Bologne.

—¡Si quieres!...

Elena se levantó y se dispuso á salir.

Un criado llamó á la puerta, entró y dijo:

—¿Quiere recibir el señor conde?

—¿A quién?

—A un hombre que se ha presentado ya ayer, cuando el señor conde no estaba en casa.

—¿Se llama?

—Escoubére.

Elena se estremeció; pero se contuvo en seguida.

Se inclinó sobre el hombro de su amante y vivamente le dijo, en voz baja:

—No le recibas.

El contestó en el mismo tono, con la flemma inglesa que era natural en él:

—Al contrario. Es preciso saber qué quiere.

Al mismo tiempo estrechó la mano de su querida, y mostrándola la puerta por donde había entrado, añadió:

—¡Vete!... ¡Desaparece!

—¡Pero si te amenaza!

—¡Marcha!... ¡No temas nada!

Elena obedeció.

El ayuda de cámara seguía impassible.

—¿Cómo es ese hombre?—le preguntó el conde.

—Ordinario.

—¿Agitado?

—No, muy tranquilo, al menos en apariencia.

—Hazle entrar.

El conde se sentó delante de su escritorio, apoyó la barba sobre la mano izquierda y esperó.

El corista fué introducido en seguida.

Vestía el mismo terno que cuando vivía con él Elena, solo que mucho más deteriorado.

Al entrar en el suntuoso gabinete del conde, comprendió mejor que nunca lo que le había dicho, con cierta ironía, su amigo Brossois.

—El día que te encuentres frente á frente con tu rival, tal vez estés más sobrecogido que él.

En efecto, su demacrado rostro, expresaba un embarazo que él no conseguía dominar.

Las palabras no llegaban á sus labios; la cólera, que no podía aplacar durante sus paseos á la sola idea del conde de Corbière, había desaparecido en cuanto había atravesado el dintel de la imponente morada.

Se puede asegurar que casi le pesaba haber entrado allí en un momento de locura.

Felizmente, al pasar la mano por la americana y oprimirse el pecho como para arrojar de él el sentimiento de encogimiento que le ahogaba, tocó la vieja cartera en que guardaba el sobre gris con los diez mil francos.

Y cuando el conde, después de haberle mirado con atención y casi con curiosidad, le preguntó para romper el silencio:

—¿Podéis decirme lo que os trae?

El desgraciado se sonrió y contestó:

—¿Decís?

El conde dijo con perfecta cortesía.

—Os pregunto que á que debo el honor de vuestra visita.

El barítono se inclinó y dijo con cierta firmeza en la voz.

—Sí, sí, vais á saberlo.

El conde, indicándole una silla, le dijo:

—Hacedme el favor de sentaros.

El corista no se lo hizo repetir.

Colocó su sombrero sobre la alfombra y acercándose al escritorio, dijo con decisión:

—Vengo á hablaros de asuntos.

—¿De asuntos?...—repitió el conde sorprendido.—No creía tenerlos con vos.

—¡Oh! sí.

—Veamos, pero me parece que en esto debe haber un error.

—No.

—¿Os llamáis Escoubére?

—Perfectamente... Paulino Escoubére, cantante en la Opera Cómica.

Gabriel de Corbière hizo un gesto de ignorancia.

—Lo siento—dijo—pero en verdad no tengo el gusto de conoceros.

—¿No habéis oído nunca hablar de mí, ni aun pronunciar mi nombre?

—No recuerdo.

El rostro de Escoubère tomó aspecto jovial.

—Vamos—dijo—esto es gracioso; pero no debe llevarse hasta ese extremo la broma.

—¿Qué broma?

—La de mi incognito y vuestra ignorancia. Cuando se roba una mujer siempre se sabe quien es su marido.

—Entonces yo os habré robado la vuestra...

—¡Ya lo creo!

—¿Estais seguro de ello?

—Como de que existo.

—¡Ah!

Después de esta exclamación hecha con una serenidad imperturbable, el conde se sonrió. Pero en su sonrisa habia un poco de piedad.

Escoubère fué picado en lo vivo y perdió su sangre fría.

Esto es siempre una desventaja en un duelo, cualquiera que sea el arma con que se verifique.

—Caballero—dijo—basta de fingimientos. Yo vengo á deciros lo siguiente: «Vos me habeis robado mi mujer, Elena Noel, y habeis hecho de ella vuestra querida...»

—¿Creeis eso?

—Lo he visto.

—¡Ilusión sin duda alguna!

—Yo no me equivoco. Vos habeis hecho lo que digo... Eso os era facil... Teniais medio de corromper á una pobre mujer, puesto que sois rico... Ella os escuchó... Esa es cuestión suya. Lo que yo no comprendo es me habeis creído bastante vil y bastante despreciable para aceptar vuestro dinero... Os traigo ese dinero.

Sacó la cartera y de ella el sobre gris, ajado y lacrado, y lo puso sobre el escritorio del conde.

—¿Ahí dentro hay?...—preguntó con frialdad el señor de Corbière.

—Los diez mil francos que tuvisteis el descaro de enviarme.

—¡Bonita suma! ¿Y pretendéis regalármela?

—Son vuestros.

—Os aseguro que no.

—Y yo sostengo lo contrario.

El conde hizo un pequeño movimiento de irritación.

—¡Pero tan ligero!

—Soy la paciencia misma, mi querido señor, pero comprendereis que esta discusión no puede eternizarse... Yo no veo más que un medio de terminarla ¿Estais bien decidido á no coger este dinero?

—Sí, señor.

El conde llamó.

Entró un criado.

—Dubois—le dijo el conde metiendo el sobre en uno más grande, en el que puso Escoubère, corista de la Opera cómica,—llevad este paquete á la oficina de policía de objetos hallados.

Dentro de un año y un día, el señor irá á reclamarlo si quiere. Id.

Volvieron á quedarse solos frente á frente, los dos hombres.

El corista temblaba de cólera, pero trataba de contenerse.

—Caballero—le dijo el conde Gabriel con calma inalterable,—no perderé el tiempo en persuadiros de que seguís una ruta falsa. Solo que como venís á buscarme me permitiré daros un consejo. Si yo tuviese la desgracia de estar casado con una mujer que, por cualquier razón, me hubiese abandonado, no me molestaría en perseguirla y quitársela á la fuerza al hombre que ella hubiera preferido á mi... Tenemos el divorcio... Reclamaría sus beneficios y usaría de mi libertad á mi gusto... He aquí todo lo que puedo deciros.

No se levantó.

Esperaba.

Pero evidentemente esto era una despedida. Escoubere se puso lívido de ira.

¡Qué escena!

Aquel hombre se había burlado de él como de un chiquillo, sin abandonar un momento su flema.

Ni aun le había hecho el honor de sulfurarse, tan indigno adversario de él le juzgaba.

La rabia del gascón estalló.

Saltó de su asiento y con las dos manos crispadas sobre el escritorio:

—Señor de Corbiere—dijo,—yo estoy seguro de lo que digo. ¡Ese dinero provenía de vos! ¡Vos sois quien me ha robado una mujer

que yo he salvado de la muerte y que quiero más que á mi vida! ¡Ella está aquí, tal vez! ¡Tal vez nos oiga y aplauda haber preferido el gentil millonario al pobre diablo que la dió de comer cuando se moría de hambre! ¡Yo la encontraré y sabré lo que piensa! En cuanto á vos, que la habéis corrompido con vuestro oro, con vuestras riquezas, tened cuidado! ¡Tal vez tengáis razón! Tengo todavía una duda y eso es lo que os salva. El día en que esa duda desaparezca, y ese día llegará, os mataré como á un perro, aunque sea en medio de la calle y cuanto más gente haya para verlo, mas me alegraré. Hasta la vista señor de Corbiere. Sois muy fuerte y me habéis dado una lección hace un instante! ¡Me acordaré de ella!... ¡Hasta la vista!

El conde la habia escuchado sin hacer un gesto, sin moverse, sin perder su indolente postura.

Apoyó su mano en un timbre.

Se abrió la puerta.

—Dubois—ordenó,—acompañad á este caballero, y si vuelve, no le recibáis. Tengo temores respecto á su razón.

Los ojos de Escoubere se inflamaron.

Esta era la suprema injuria.

Los del conde permanecieron serenos.

Los dos hombres cambiaron una mirada muy diferente.

La del conde acariciadora, por decirlo así. La del corista hubiera matado, si hubiese tenido la potencia del rayo.

Escoubere salió.

Cuando el conde se quedó solo, hizo justicia á su adversario.

—Ha tenido un momento soberbio—pensó.

La puerta secreta se abrió de nuevo.

Elena entró en el gabinete.

—¿Y bien?...—preguntó temblorosa.

—Se concluyó. ¿No has oído nada?

—Nada. Puesto que ha venido, es que sabe...

—No; solo que tiene dudas... Yo he procurado engañarle... Será preciso que estés con cuidado, que redoblemos las precauciones...

—¿Te ha amenazado?

—No; pero busca... trata de encontrarte.

—¿De modo que todo ha pasado bien?

—Todo.

—¿Es muy desgraciado?

—No tanto como eso... Me ha hablado de sus éxitos. Nada en la abundancia... Ha ascendido... Su sueldo ha aumentado y sus cargas han disminuido... Y necesita tan poco dinero, que ha querido devolverme el que le dejaste al marcharte.

—¡Ah!

—Hubo un momento en que creí que me lo tiraba á la cabeza.

—¿Y?...

—Y se contentó, felizmente, con dejarlo sobre el escritorio.

—¿Entonces, sabe que provenía de ti?

—Yo he negado, naturalmente; y delante de él he dado la orden de llevar el paquete á la oficina de objetos hallados. El lo reclamará si quiere. Su nombre está en el sobre.

El conde se levantó de pronto.

—No hablemos más de eso—dijo.

Y mirando á su querida con fijeza, añadió:

—A menos que...

Elena movió tristemente la cabeza.

—No, amigo mio—dijo con acento de una extrema ternura,—le compadezco, ¡pero te amo!

Y le echó los brazos alrededor del cuello.

El conde la enlazó el talle, la levantó del suelo y sus labios se tocaron.

Era la primera vez que Elena confesaba francamente su amor.

En lo sucesivo era suya, estaba definitivamente conquistada.